ADOLFO BELOT

LA HIJA

DE

TRES BLANCOS Y UN NEGRO

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

HIPÓLITO REGÍN

LA HIJA DE TRES BLANCOS Y UN NEGRO

I

Eran dos verdaderos amigos, siempre juntos, que paseaban y cazaban en compañía, que se enfadaban y hacían sus paces por cualquier cosa, el uno bribón y el otro más, éste haciendo favores por vanidad, aquél complaciéndolo con servilismo, necesarios el uno al otro; dos amigos, en una palabra.

El uno se llamaba Ducroc, el otro Bernillón. Ducroc frisaba en los cincuenta años, usaba grandes patillas grises, tenía la mirada alegre, y era abultado de abdomen. Se había hecho entusiasta aficionado de la caza. Se le veía más frecuentemente en la cuadra que en la sala, fustigando ó acariciando á sus perros, y no se quitaba nunca la pipa de la boca, como no fuese para soltar una broma ó un juramen-

to. Era soltero, y mandaba al diablo á tres ó cuatro primos que atisbaban el momento de heredarlo, á los cuales mantenía á respetuosa distancia de su persona.

Allá en su juventud había navegado. Un día, provisto de una pacotilla, se embarcó para la América del Sur, de donde se le vió volver, quince años después, con diez mil libras de renta y un negro llamado Baba. Entonces se instaló, como él decía, en su país natal, un pueblo pequeño, cabeza de partido que se parece á todos los pequeños pueblos que son cabeza de partido, y en el cual, gracias á la fortuna, contó desde luego con la estimación de sus convecinos. Desgraciadamente, no dejaba de dilapidar esa fortuna á fuerza de estúpidas prodigalidades. Por ejemplo, tenía para él solo dos criados: Toinon, una pobre vieja cascada y arrugada, que trabajaba como un negro, y Baba, el negro, que no hacía absolutamente nada. Era éste fuerte como un toro, ágil como un mico y negro como la pipa de su amo. Ducroc no podía sacar partido de él, lo molía á palos, y Baba, que de un capirotazo lo hubiera podido deshacer, aguantaba filosóficamente sus diarias bofetadas y sus palos.

Si podía temerse que Ducroc acabara por arruinarse, en cambio, no había por qué no estar absolutamente tranquilo acerca de Bernillón, que no tenía un céntimo y estaba lleno de deudas. Había sido soldado, como Ducroc marino: soldado raso y asiduo concurrente al calabozo del cuartel. Una herida que recibió en África, lo puso en el caso de pasar á Inválidos, precisamente cuando, según él decía, estaba á punto de ascender. Su paga estaba embargada y su crédito era nulo, cuando, afortunadamente para él, apareció Ducroc en el pueblo. Bernillón supo tropezar con el recién llegado en el paseo á orillas del Mail lo saludó cortésmente, entabló conversación con él, contó sus aventuras y se hizo convidar á comer. Desde aquel día data la intimidad entre ambos.

La comida había sido rociada tan de lo lindo que á los postres cayeron uno en brazos del otro y se juraron, llorando, amistad eterna. Bernillón aprovechó la ternura de su nuevo amigo para pedirle el primer empréstito.

Pronto fueron inseparables: Bernillón, en un abrir y cerrar de ojos, había conseguido acomodarse á los caprichos de Ducroc y amoldarse á ellos. Ducroc gustaba de la caza,

por ejemplo, pues Bernillón se volvía loco por ella. Ducroc, porque había sido marino, gustaba de que le llamasen *Capitán*, pues Bernillón le decía *Capitán* diez veces en un minuto. Ducroc, bebedor de primera fuerza, gustaba de que se las mantuvieran tiesas con él, pues Bernillón aceptaba sus retos, pero cuidaba, borracho ó no, de caer á los postres debajo de la mesa, para que su amigo se diese el gusto de creerse gran bebedor. Por fin, Ducroc, inclinado á las familiaridades amistosas, tuteaba á Bernillón, y exigía á veces, después de beber, que éste lo tratara de la misma manera. Bernillón obedecía, pero con torpeza, como á disgusto, y con la timidez propia de un inferior, que apenas si se atreve á usar de la libertad que se le concede de buen grado.

Cuidaba mucho, sin embargo, de no ser siempre de la opinión del *Capitán*, y de no aplaudirle continuamente. Esa conducta hubiese disgustado pronto á Ducroc, porque á éste le agradaba el ruido, la contradicción, la lucha. Así es que de cuando en cuando disputaban y se enfadaban; pero ¡qué enfados! Siempre concluían, al día siguiente, con unas paces cariñosas enmedio de excusas, copitas de vino y calurosas protestas de amistad.

En el transcurso de esta dulce intimidad, la vieja Toinon cayó enferma, y Ducroc, para sustituirla durante su enfermedad y hasta que se restableciera, tomó á su servicio una muchacha de veinte años, llamada Cristina Levert. Esto desagradó á Bernillón. La tal Cristina era una hija bastarda, mal criada, desvergonzada, bribona, amiga de los hombres y bonita. Bernillón conocía á Ducroc y su naturaleza inflamable; sabía muy bien que era capaz de sacrificar sus amigos al último que llegase. Se alarmó, tanto más, cuanto que el día en que la vieja, ya restablecida, volvió á su trabajo, Ducroc, sin embargo, persistió en quedarse con Cristina en casa. Su amigo le hizo algunas observaciones, pero el antiguo marino no le dió oídos. Habló mal de Cristina, y Ducroc le interrumpió de un modo que no le dejó ganas de volver á las andadas. Se las quiso echar de interesante, sus visitas fueron más raras y más cortas. Nadie pareció advertirlo. Una vez dejó de ir por allí durante ocho días, sin que Ducroc fuese á verlo ni lo mandara llamar. Decididamente, su situación iba siendo comprometida.

Entonces Bernillón, habituado á todas las argucias, cambió de táctica, y una mañana se

le vió llegar á casa de su amigo, más cariñoso y más sonriente que nunca. Se excusó tan bien, fué tan amable, que inmediatamente quedaron olvidadas sus faltas. Ducroc le estrechó la mano con efusión, y Cristina, que no era rencorosa, sintióse extremadamente halagada con los piropos que le dirigió. Las buenas relaciones entre ellos quedaron reanudadas enseguida; pero viéronse pronto interrumpidas bruscamente.

Los dos amigos habían vuelto á sus cacerías. Sin embargo, por una singularidad, inexplicable ordinariamente, apenas habían comenzado á cazar, cuando Bernillón desaparecía, sin que Ducroc consiguiera encontrarlo. Éste llamaba, buscaba, silbaba inútilmente, y de mal humor seguía persiguiendo los pájaros, murmurando para su capote: "¡Qué animal es Bernillón! ¡Nunca se sabe dónde se mete!"

Por la noche Bernillón le decía que se había extraviado.

Un día, sea que ya le aburrieran esas desapariciones ó que le fueran pareciendo extrañas, Ducroc, que se había quedado solo, recogió los perros y se volvió á su casa. Al entrar en el corral, oyó, hacia el lado de la cuadra, ruido de voces que estaban disputando. Púsose á escuchar: eran las voces de Bernillón y de Baba.

Bernillón acusaba á Baba de ser el amante de Cristina, y el negro hacía á Bernillón la misma acusación. Como de las palabras pasaron á las manos, Ducroc, temblando de cólera, se lanzó á la cuadra, con el látigo en la mano, y á éste quiero, á éste no quiero, empezó á repartir latigazos sin distinguir de colores.

Baba, rugiendo, se escapó al corral. Ducroc echó á Bernillón á la calle, y volvió contra Baba para continuar el castigo. Pero esta vez, el negro, animado por las miradas de Cristina que desde una ventana presenciaba la fiesta, volvióse contra su amo, y de una patada gigantesca lo hizo rodar diez pasos. Luego corrió á la casa, hizo un paquete con sus trapos, y se escapó de la casa llevándose á Cristina del brazo.

Los vecinos recogieron á Ducroc y lo metieron en cama. No tenía contusiones graves. Se le cuidó, y tres días después fumaba ya su pipa.

Bernillón había llegado, bien que mal, á su domicilio. Cuanto á Baba, habíase refugiado con Cristina en casa de un tal Gruchet, carpintero de oficio, con el cual más de una vez

había bebido vino robado en la bodega de su amo. La mujer del carpintero, á quien apodaban la Gruchete, cuidó de Cristina, que tenía dolores y sentíase mal por momentos.

Preguntáronle qué tenía, y nada quiso contestar. Al día siguiente, en vista de que no mejoraba, llamaron á un médico. Éste dijo que se hallaba encinta, y que la emoción del día anterior podía muy bien acelerar el instante del alumbramiento.

En efecto, aquella noche dió á luz una chiquilla, muy endeble y muy pequeñuela, á quien pusieron el nombre de Fanny, y á la cual la Gruchete, que iba á destetar á su hijo, empezó á dar el pecho.

Apenas habían lavado la criatura, acercóse Baba á mirarla, y al verla blanca como la leche, hizo un gesto de descontento; sin duda tenía sus preocupaciones en materia de color.

No por eso dejó de cuidar afanosamente á Cristina. Ésta estuvo pronto buena, y entonces hubo que pensar en tomar una resolución.

Como la Gruchete era una excelente nodriza, convinieron en que se quedase con Fanny para criarla. Luego Cristina Levert, acompañada por Baba, se puso en camino. La extraña pareja iba á buscar fortuna á París.

II

Bernillón, tocándose las partes de su cuerpo que sentía doloridas, díjose que por su propia culpa había perdido una buena posición agradable, y se puso muy melancólico.

Ducroc, por su parte, comenzó por desahogar su cólera contra los pillos que le habían hecho traición. Luego, arregló una vida más tranquila y más dulce, al abrigo de nuevas perfidias. Los primeros días todo fué bien. Pero pronto la soledad se le hizo insoportable: bostezó, suspiró y acabó por aburrirse á tal punto que una tarde cogió el bastón y se fué á pasear por la orilla del Mail, con la esperanza de encontrar á Bernillón.

Y con efecto, Bernillón estaba allí.

Pasaron uno junto al otro, serios, rígidos, sin saludarse y como si no se hubieran visto.